EL CVENTO DE LA GALANTE

1
229976



GREGORIO VICENTE.

LA DAMA TERESITA

O MARTIN DEL CAMPO

AÑO I — 18 de Septiembre de 1913 — NUM. 24

EL CUENTO GALANTE
SALE LOS JUEVES
Fuencarral, 24.—MADRID
DIRIGE EMILIO CARRERE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Madrid y provincias: Trimestre, 1,25 pesetas. Semestre, 2,50. Año, 5.
ANUNCIOS Á PRECIOS CONVENCIONALES
NÚMERO SUELTO, 10 CTS.

1
229976

Concurso de EL CUENTO GALANTE

ORIGINALES RECIBIDOS

Número 64.—«Las vírgenes perversas». Lema: Ahí va eso.

Número 65.—«Flor de pecado». Lema: Dolor de arrepentimiento.

Número 66.—«El misterio de la Encarnación». Lema: Safo.

Número 67.—«Esfumose el ensueño». Lema: Almas rotas.

Número 68.—«Disparate crítico». Lema:

Passa la nave
mia colma d'oblio
per aspero marea
mezza notte al verno.

Número 69.—«Sonata de amor». Lema: Bocaccio.

Número 70.—«Martirio». Lema: Jumin.

Número 71.—«Hieles». Lema: ¿Quo vadis?

Número 72.—«Sobre el pecado». Lema: Corazón.

Número 73.—«Fave O'clochtea». Lema: Fibi Maria.

Número 74.—«... y el secreto se lo llevó el río». Lema: Ab. ovo.

Número 75.—«Sol en Géminis». Lema: Castor y Polue.

Número 76.—«El perico de la monjita». Lema: Velando.

Número 77.—«Doble engaño». Lema: A petit a petit.

Número 78.—«La cartera de Guerra».—Lema: De la vida.

Número 79.—«El ocaso». Lema: La bellísima desconocida.

Número 80.—«Friné». Lema: Amor, donosa charada.

Número 81.—«Por los pecados de mi tía». Lema: Histórico.

Número 82.—«Ella y su hermana». Lema: Las dichas repetidas.

Número 83.—«La insensible». Lema: Enigma.

Número 84.—«El secreto de D. Abelardo». Lema: Porque fué feliz.

Número 85.—«El neurasténico». Lema: La estrignina y el amor.

En el número próximo seguiremos dando cuenta de los originales recibidos.

NUESTRO NÚMERO PRÓXIMO PUBLICARÁ

El Milagro de Santa Maravillas

Novela por FEDERICO TRUJILLO

R. 3335263

47/170 37.38

LA CAIDA DE TERESITA

Á RODOLFO GAONA, MUY CARIÑOSAMENTE.

I

Era un martes de Carnaval. Por el paseo de la Castellana, bordeando por ambos lados la hilera de tribunas colocadas en el centro, arrastrábase penosamente una caravana de coches y enmascaradas carrozas, que si á juzgar se fuera por lo pausado de su andar y por el tedio que en los rostros de sus ocupantes se retrataba, más bien dijérase que aquello era fúnebre cortejo que cabalgata de divertimiento.



En el centro del paseo, donde el riego había hecho de los confetis y del polvo enlodada alfombra, agitábase la mascarada en confusa algarabía de horrísono chillar y primitiva promiscuidad de sexos... Criadas de servicio, en una rebelión contra su estado servil de todo el año, lucían los anticuados vestidos de sus amas, adoptando ridículos modales de finura... Uno que otro hortera, en burlesco traje de diablillo, vengábase del yugo del mostrador en desaforado chillar y tratando con inusitada confianza de íntimo, á la parroquiana que pasaba blandamente reclinada en el respaldo de un coche... Todas las máscaras cruzaban lanzando su *ingenioso* grito de "no me conoces„ y las más de las veces verdad era, puesto que la máscara veía al embromado por primera vez en su vida... Y á intervalos, cruzaban estudiantinas ó comparsas, dando al aire la música retozona de sus guitarras y bandurrias y ejercitando su vergonzosa mendicidad.

Por delante de las tribunas, en la caravana de coches, confundiánse en deliciosa democracia la mundana cocota reina de la bacanal y carne de mercado, con la jovencita virginalmente cándida, á quien no despertaron aún al amor las ruborizantes iniciaciones del primer novio... Cruzaban ante los ojos inexpresivos y viciados de los "clubman„ que lanzábanles fulgurantes y rijosas miradas de deseo y al atrevido ú osceno piropo que en labios de los hombres autorizaba el Carnaval, brillaban con fulgor de goce ignorado los ojos femeniles y sonreían en pícaro mohín, los rojos claveles reventones de las bocas...

Jorge de Albornoz, acodado en el barandal de la tribuna del casino, torcido el sombrero que dejaba ver al ladearse el cabrilleo de alguna cana en la castaña cabellera, preso en sus labios de vicioso un cigarrillo que no fumaba, veía parar ante él el regocijo

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

carnavalesco. Jorge se aburría. Algunas veces, pocas, en que el tedio le llevó á ser filósofo, se espantaba al volver los ojos al pasado viendo lo inútil y estéril de su vida. Cierto que no era viejo, pues aún no había cumplido treinta años, pero no es menos cierto que para un hombre á quien la falta de padres declarara independientemente desde niño y que se viera dueño de cuantiosa fortuna á su mayor edad, son bastantes siete años de inconsciente gozar, para poner en su mirada la tristeza del hastío y en sus labios el rictus del escéptico. Algunas veces sonreía galantemente á alguna jovencita conocida que pasaba en un coche y otras una carroza detenía ante la tribuna su loco galopar, dando gritos sus ocupantes, agitando sus brazos en macabros desgonzamientos y dirigiendo á los "clubman„ chillidos y frases picarescamente intencionadas. Jorge, en aquel momento en que la locura sacudía su tirso sobre su cabeza, despojábase por un momento de su hastío; cambiaba con una de las bellas que porteaba la carroza una flor ó una caja de bombones; sus labios que sabian de todos los refinamientos del goce abríanse para dar paso á un piropo intencionado como un epigrama, mientras ella, á través de la máscara, sonreía satisfecha al galanteo del mozo, de quien las hablillas cortesanas, narraban lances de amor dignos por su osadía de aquel famoso burlador andaluz. Después, el carro de la locura alejábase en un crugir del maderamen que era su ornato y Jorge, aturdido, más cansado aún por las orgías que después de los bailes precedieron al carnaval, tornaba á caer en su abatimiento de hastiado.

Mediada la tarde paró ante Jorge un milord que ocupaban un viejo y una mujer inquietantemente bella. Jorge miró un momento á la gentil y cuando ya florecía en sus labios la sonrisa intencionada de deseo, hubo de fijarse en que el acompañante de la bella le miraba con gran detenimiento. A punto estaba Jorge de castigar con algún desplante de majo la mirada inquisitorial del vejete, cuando habló éste tendiéndole la mano.

—Pero, ¿no me conoces Jorge?

—¡Don Paco... tanto tiempo! ¿Dónde ha estado usted metido?—respondió estrechando la mano del viejo á la vez que con galante ademán se descubría ante la gentil.

Invitáronle á que les acompañara y él, por no aburrirse, aceptó pasando á ocupar la bigotera del carruaje. Ya entonces, D. Paco hizo la presentación.

—Teresita, este joven es Jorge de Albornoz, el hijo de aquel amigo mío de quien tantas veces te he hablado y de quien he sido tutor... Mi señora.

—He tenido un verdadero placer.

—Tanto gusto.

Y al mismo tiempo que se estrechaban las manos mirábanse una á otro más de lo que era prudente en dos desconocidos. Mientras dieron varias vueltas al paseo, D. Paco narró con esa desenvoltura infantil de los viejos alegres, toda la historia de su vida durante el tiempo que de Madrid estuvo ausente, sus amores con Teresita y la boda.

Jorge apenas prestaba atención al relato. Fija su mirada en Teresita, entreteníase en contemplar el modelado maravilloso del busto, que al reclinarse en el respaldo del milord, se ondulaba lascivamente; los negros mechones rizados, que en rebelión, aparecían bajo el ala del amplio sombrero; los ojos negros y profundos, de mirar severo, que al rostro aniñado aspecto le daban de reina cruel; la blancura suave de la piel aristocráticamente pálida que serpenteaban las venillas azules y en la que florecía la boca, como el milagro de una rosa en la nieve, sonriendo incitadora, sabía de la detenida contemplación del mancebo.

Poco á poco, casi sin darse cuenta, Jorge fué enredándose en la red de los encantos de Teresita y por su mente de gran pecador, sólo vagaba un pensamiento: hacerla suya. Claro está que Albornoz, hombre experto en amorosas lizas, no tenía la ridícula vanidad de creer que ella se hubiera enamorado de él así de repente, pero lo que estaba fuera de duda, es que no estaría enamorada del viejo D. Paco y esto facilitaba mucho el triunfo de Jorge.

Pensando él de esta manera, envanecida ella de su hermosura al ver rendido á aquél de quien su marido contárale estupendas aventuras de amor, arrullados por el runrunear monótono de la charla del vejete, llegaron ya de noche, á la calle de Alcalá, cerca de la de Sevilla.

El azulado fulgor de los arcos voltaicos, ponía en los rostros una palidez espectral. Las carrozas, alumbradas por las luces de las bengalas, semejaban una visión de infierno dantesco. Los coches se tendían en fila interminable al borde de la acera. Y los paseantes, tremantes las bocas en un jadear de cansancio, sudorosos y desencajados los semblantes, se arrastraban penosamente en busca del plácido descanso del hogar.

En una de las rápidas paradas que se vió forzado á hacer el coche, traquetearon las figuras en el interior y Jorge, casi sin quererlo, vióse precisado á aprisionar entre las suyas la morbidez de una pierna de la gentil. Ella, avergonzada ó consentidora, no trató de librarse de la presión y solamente sus mejillas se tiñeron con un rubor de buen tono y sus ojos bajaron al suelo su mirada de sensual.

Llegado que hubieron frente á la Gran Peña, Jorge anunció que se marchaba y marido y mujer rivalizaron á insistir para que les acompañara en el nocturno yantar. El se disculpó cuanto pudo y previo compromiso de comer con ellos al día siguiente, despidióse. Al dar la mano á Teresa, apretóla más de lo conveniente y la manecita enguantada palpitó un momento al calor sensual de las de Jorge.

Descendió del coche. La mirada de Teresita siguió la gallarda y elegante apostura de Albornoz hasta que se perdió en el zaguán del Círculo. Al tiempo que se ponía en marcha el carruaje, habló D. Paco.

—Es simpático Jorge, ¿verdad?...

—Mucho.

—Yo haré que venga á casa todos los días y cuando tome confianza, verás que bromista y que divertido es.

Teresita reclinó su cabeza cerca de la capota del coche y sus ojos negros y crueles se entornaron como adormecidos en una lejana ensoñación...

II

Al día siguiente, Jorge salióse del lecho á la primera indicación de su criado. En el baño, mientras el agua templada volvía á los miembros la laxitud perdida en el cansancio del día anterior, fumaba un aromático cigarrillo turco, y su pensamiento, fijo en Teresita, aquella belleza que la imprudencia de su tutor había puesto al alcance de su mano, trazaba mil planes para hacerse dueño de los maravillosos encantos de la deseada... Luego pasó al tocador, puso en su vestido todo el cuidado del hombre elegante que pretende agradar á una dama, y cuando ante el espejo que retrataba su figura arrogante de conquistador, hacía la corbata, le entró el criado una carta.

—Espera contestación, señor...

Jorge volteó un momento en sus manos el sobre pequeño, oloroso de esencias, inquiriendo con la mirada curiosa la letra que una mano femenil había escrito. A poco, sus dedos rasgaron la pegadura con frívola indiferencia.

Rápidamente recorrió su vista los renglones escritos. Era de una "amiguita„ invitándole para que la acompañara á almorzar. Jorge frunció el entrecejo en un gesto de contrariado, respondiendo luego de pensarlo un momento:

—Que lo siento mucho, pero que no puedo ir ahora; á la noche pasaré á visitar á la señorita.

Salió el sirviente; Jorge terminó su tocado; puso en el ojal de su americana la perfumana blancura de un clavel; envolvió su cuerpo en amplio gabán que ponía airosos pliegues en su esbelto talle de *gentleman;* tomó en una mano los guantes, el bastón en la otra, y mordiendo un cigarro que humeaba por bajo del rizado bigote, salió á la calle.

Y lentamente, con esa actitud pausada del hombre hastiado, emprendió el camino hacia casa de D. Paco.

. . . . . .

—Pero no come usted nada, Jorge... Ande, este muslito de pollo, un poco más de gelatina—musitaba Teresa.

—Este siempre ha sido lo mismo; de muy poco comer. Cuando estaba á mi lado aunque yo le ataba un poco corto, ya hacía una vida de desorden imposible. ¡Figúrate ahora!—seguía D. Paco.

—Hombre, D. Paco, no tanto, por Dios; que no soy ningún bala perdida. ¡Qué pensará de mí Teresita!—aventuraba algo turbado Jorge.

—Ella puede pensar lo que quiera, pero yo te conozco bien y no me engañas... Bueno, ¿y cuando te casas?

—Todavía no he tenido tiempo de pensarlo...

Jorge, durante toda la comida, no cesó un momento de mirar á Teresa. La bata de crespón color rosa daba á su belleza de romana una vaporosidad de ensueño. Los senos, que amenazaban romper la finura de la tela opresora, sacudían su erecta turgencia á compás del alocado reir de Teresita. Al movimiento agil de las manos trinchando y haciendo los platos, por entre la apoteosis de gasas de las mangas, aparecian los brazos largos, sinuosos, como hechos para ceñirse en un largo abrazo de placer.

Varias veces, en el transcurso del yantar, mientras D. Paco dirigía á su esposa algún estúpido galanteo, Jorge se aventuró por debajo de la mesa hasta oprimir entre los suyos uno de los gordezuelos y diminutos pies de Teresita, que mostraban la lascivia de las medias caladas, por el exagerado escote de sus chapines de terciopelo rojo. Ella se dejaba hacer, coloreándose sus mejillas, mientras tenía para su marido una mirada de falso cariño, á traves de la cual, adivinábase la tristeza de un renunciamiento al goce de su juventud esclavizada en brazos del vejete.

—Que nos sirvan el café en el gabinete—indicó D. Paco al tiempo que terminaba el almuerzo—Teresita nos amenizará con algún cuplé. Verás, Jorge, que deliciosa picardía tiene para cantarlos!

—¡Oh, por Dios, no haga usted caso!— se defendía ella coquetona.

Pasaron al gabinete. Teresita tocaba el piano y á la vez cantaba algún cuplé, poniendo á la frase más atrevida el subrayado de un mohín cándidamente infantil. Jorge, de pie, al lado del piano, volvía la hoja del papel pautado puesto en el atril, y D. Paco, sentado detrás de ellos, contemplaba á su mujer con embeleso senil. Sacó Jorge un pitillo.

—Perdona, hombre—indicó D. Paco—, me había olvidado. Voy á mi despacho por unos habanos; y salio del gabinete.



Extremecióse Teresa al anuncio de quedarse sola con Jorge, y éste que lo notara, sonrió picarescamente por encima de la cabeza de la deseada. Aventuró Albornoz un piropo.

—Teresa.

—¿Qué?

—Tiene usted una belleza, que es un atentado contra el orden público.

—Muchas gracias—respondió Teresita, al tiempo que el rubor ponía un tinte rojo en la aristocrática palidez de su rostro...

—Me gusta usted como no me ha gustado ninguna otra mujer...

—Lo esperaba; me había anunciado Paco que era usted un formidable Tenorio.

—¿Y cómo la deja sola conmigo?

—Porque tiene confianza en usted y está seguro de mí.

—Yo teniendo sus años no lo estaría.—Sonrió más azorada la gentil. Continuó más seguro el galán.—Teresita, sinceramente, me gusta usted mucho.

—¿Mucho?

—Más que á usted su marido.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Soy un gran psicólogo. Además, no quiero hacerla la ofensa de suponer que está enamorada de D. Paco.

—Pues lo estoy.

—No lo creo.

—Puede usted creer lo que quiera—respondió molesta Teresa.

Jorge, perfecto conocedor del alma femenina, sabía, por experiencia, que á veces, para conseguir á una mujer, ayuda más un momento de osadía que todo un año de tímido asedio. Así, á pesar del disgusto que Teresita fingiera—y que Jorge sabía estaba muy lejos de sentir—, se aventuró de nuevo.

—¿Y si yo le diera á usted un beso?

—Llamaría á mi marido.—Se defendió ella débilmente.

—Vamos á verlo.

Echóla él un brazo por encima de los hombros, agachó la cabeza buscando la fresca boca de Teresita, retiróse ella huyendo del ataque y á tiempo que iba á florecer la rosa de seducción, oyéronse en la pieza contigua los pasos de D. Paco.

—Mi marido—musitó muy bajo, azorada, Teresa.

Irguióse Jorge, compuso la figura ella, y tecleando la música en el piano, empezó á cantar:

"Alza catapúm, catapúm, cucandela,
alza p'arriba, polichinela...

Y radiante de satisfacción, con la sonrisa del hombre feliz en los labios y un mirar sereno y tranquilo, de bovino en los ojos, entró D. Paco porteando los habanos...

III

A partir de las expansiones que Jorge se tomara el primer día que comió en casa de Teresa, como menudearan las visitas, pues acudía diariamente á hacer tertulia con el viejo y la amada, aumentaron las libertades que ella acogía sin protestas, pues á decir verdad, más por conveniencia que por amor, unió Teresa su juvenil frescura con la achacosa decrepitud del vejete. No es menos cierto que D. Paco, muy poco tranquilo de que sus encantos fueran manjar suficientemente digno de servirse en el banquete de amor de su mujer, no daba punto de reposo á su vigilancia; y así, como no fuera en su compañía, no ponía Teresa un pie en la calle; y como tampoco tenía él nada que hacer solo fuera de casa,—pues estrecha cuenta de sus rentas, dábale en ella el administrador,—siempre estaba cosido á las faldas de su cónyuge, que bien á su pesar, privada veíase de satisfacer sus deseos amorosos, en brazos del nuevo galán cortejador de sus juveniles encantos. Y de esta manera las cosas, hubieron de conformarse los enamorados con intensas miradas de cariño; con algún apretujón de los que sólo sabía la obscuridad de los pasillos y uno que otro beso gustado de prisa, en momentos en que el viejo hacía una corta ausencia de la pieza donde se hallaban reunidos. Y aunque Teresita en las cartas que á Jorge dirigía—y de las que era discreta portadora Concha la doncella,—mil promesas hiciera de su acendrado cariño por el galán, la intuitiva desconfianza del viejo, hacía inútiles todos los esfuerzos de la gentil, por dar cumplido hartazgo á su clandestina pasión.

Teresita, vivía por entero para el amor de Jorge y no otra cosa que la persona de su amado ocupaba su imaginación. En una de sus cartas habíale escrito que por llegar al logro de sus fines, por conseguir un solo momento en que poder estremecerse de placer bajo las caricias de sus manos expertas, dueñas de todos los secretos del goce; en que escuchar arrullada la parlería galante y persuasiva de su boca sabia en largos y silenciosos besos que ella acallaría con los suyos; en que sentirse acariciada por el mirar sensual prometedor y alucinante de sus ojos, que la atraían con el poder irresistible de un maleficio, ella estaba decidida á correr toda clase de aventuras y exponerse á los más graves peligros, pues que lo mejor de su vida en brazos de él iba á encontrarlo, y para que retardar el goce de la felicidad y de la dicha. Y unas veces pensando ésto, y otras que su amado acaso faltaría á su recuerdo en brazos de una perdida cualquiera, cosa que fatalmente había de ser así, pues que la suerte le privaba con ella de esas expansiones, Teresita solía pasar largos ratos con la mirada, triste en extásis, fija en el vacío, como queriendo buscar en el espacio el medio de poner fin á su desventura, de dar logro á su capricho, de poderse entregar toda plena al amor fuerte y joven de su Jorge, de ofrendar su cuerpo moreno de gitana en un canto á la vida que es bella y es alegre y de dar á sus ansias de gran gozadura, una hartura, que la senectud de su marido regateaba mucho.

De estos viajes de su pensamiento por el país fantástico de sus amores, solía traerla á la realidad cruel de su vida absurda, la voz cascada y desagradable de su marido, preguntándola muy cariñosamente qué la pasaba, pues aunque no dió en el por qué, ni por asomo se le había ocurrido, es lo cierto que D. Paco hallábase muy preocupado al ver que su Teresita, jovial y dicharachera meses antes, tornado se había como por arte de encantamiento en la más triste y callada criatura que vieron los humanos. Ella, al verse arrancada de las bellas escenas de amor que en su mente soñaba con Jorge, por la voz senil y poco cariciosa de su marido, sentía rabia, una rabia intensa de ver unida la hermosura de su cuerpo joven á tan inútil vejestorio. Contestaba á su interés por saber qué la entristecía, que nada la pasaba y á tiempo que sus ojos se velaban de lágrimas—que había de sujetar por el bien parecer—y en su rostro ponía el hastío una sombra de tristeza, sus labios —flor de pasión y de locura—bordaban una tenue sonrisa de agradecimiento.

No menos que su amante ambicionaba Jorge el poseerla y si no dió oídos á las desesperadas súplicas de Teresita—quería abandonar á su marido y huir con él, en un loco frenesí de goces—fué, porque no correspondía á un varón tan experto como él en amorosas lizas, llegar á la violencia y el escándalo, comparándose con cualquier mancebo primerizo en galantes aventuras.

Por otra parte, Jorge, que nunca se había distinguido por su constancia en juegos de amor, sabía bien que su asiduidad para con Teresita acaso no resistiera más de dos meses de idilio á partir de la primera posesión. Sabía también que á Teresita no era solo el deseo lo que la inducía á entregarse; que era toda su alma juvenil y ardiente que despertaba al conjuro de un amor no sentido aún en la ubérrima exuberancia de sus veinticuatro años; que no era una de tantas casadas que por hastío ó por vicio se entregan en el crepúsculo de su juventud, se entregaba por cariño, por una pasión sincera y noble, que la vejez de su marido no pudo florecer en su alma. Y bien decía de ello sus locuras, su decisión para abandonar á don Paco. Las otras, las enviciadas, las que se dan por poner una variación caprichosa en la monotonía de su vida conyu-

gal, lo hacen recatadamente, hurtándose á la vigilancia del esposo, para gozar y no perder con el escándalo la cómoda postura de casadas. Teresita no. Teresita quería darse franca y noblemente, toda para su amado, sacrificando á su pasión bienestar, conveniencias, cariño de su marido, respeto de su nombre, pues que como se creía con derecho á la vida, que es un fuero de humanidad, creíase con derecho al amor que es un fuero divino del alma.

Él no se encontraba con fuerzas para sostener lo fuerte de aquel cariño y así, aunque menos romántico, más humano que la gentil—con esa humanidad que desengaño tras desengaño va poniendo la vida en el alma—no quiso á costa de su capricho labrar la desdicha de aquella mujer, que sacrificada por exigencias de su familia en brazos de un viejo, venía á buscar en los de él un amor, que ella no tenía la culpa de no haber hallado en los del bueno de don Paco.

Así, creyó más conveniente buscar un medio ingenioso para lograr la posesión de la adorada, que de este modo, cuando por su parte llegara la hora del abandono, seríale á ella menos doloroso llorar su desdicha en brazos del marido, que llorarla á solas, entre la sorda hostilidad con que las gentes "de bien„—arcaicas y prejuiciosas—rodean á la pobre mujer que en un momento de locura, disculpable en toda pasión, tiene el gesto noble y valiente de abandonar á su esposo, mejor que el hipócrita y rastrero de engañarle. Y aunque Jorge no fuera hombre á quien asustara cometer una ignominia, si de conseguir su gusto se trataba, remordíale dejar abandonada en trance de completa perdición á una inocente á quien la vida no había enseñado aún de sus miserias y sus desengaños.

No era tampoco cosa fácil ni mucho menos hallar ocasión propicia en que poder saciar sus deseos, ya que D. Paco, como todos los viejos que se ven con mujer bonita y joven al lado, era desconfiado aunque en sus interiores, no había prendido aún la duda inquietante y mortificadora de los celos. Desconfiaba porque sí; por ese presentimiento tan humano, que nos hace pensar en que perderemos aquello que hemos conseguido sin méritos á nuestro juicio para poseerlo. Y como los espejos, que no entienden de aduladoras cortesanías, nos muestran implacable y cruelmente, toda la trágica verdad del tiempo que pasa por nosotros, D. Paco, al contemplarse todas las mañanas en su tocador, bien comprendía que la piel de su rostro rugosa y cetrina, los cabellos pocos y blancos, los ojos apagados y los labios marchitos, unido á su figura ridícula de viejo burgués, sin esa gallardía cansada y aristocrática de buen tono, que tienen en su vejez los conquistadores, no eran dones para tener enamorada á una joven mujer á quien lo arrogante de su belleza, pudo hacer pensar en más airoso marido. Por eso, sin duda apegado al adagio antañón que asegura que "quien la ocasión quita para el pecado, quita el peligro de cometerlo„, si bien confiaba en la honradez de su cónyuge, no quería poner su virtud en trance de tentación y ni en su casa ni fuera de ella despegábase el viejo de sus faldas.

Si la belleza de Teresita no hubiera sido bastante para que Jorge la deseara, las dificultades que se oponían á conseguirla, bastarían á encender el capricho en el temperamento frívolo y voluntarioso del galán. Y como ya queda dicha su oposición á los descabellados planes de la gentil, Jorge dióse á pensar en una donosa manera para burlar la vigilancia de D. Paco dejando mal parada su integridad de marido.

Más de un mes era corrido desde la presentación á la amada sin que en el magín de Jorge—tan acostumbrado á urdir galantes estratagemas—surgiera ninguna idea digna de ponerse en práctica, para dar lucido remate á tan escabroso idilio. Una noche revolvíase en el lecho, torturado por el insomnio, preso su ánimo en los atrayentes encantos de la gentil, lleno su pensamiento de la deseada, cuando en su imaginación de pícaro y de truhan,—hecha para trazar enredos con que mancillar alguna virtud ó ensombrear la dicha de alguna paz marital, — surgió clara, precisa, definitiva, la manera de hacer suya de una vez á la por entonces dueña y señora de sus pensamientos y convertir al bueno de D. Paco en viviente estatua de Minotauro.

¡Aquél, aquél era el plan! ¡Tonto de él, que no se le había ocurrido antes! Y no podía fallar; su tutor, hombre que siempre había vivido para los negocios y para su absurda manía de amontonar riquezas, no era posible pensar en que había tenido tratos con mujeres como la que él pensaba utilizar y, por lo tanto, ningún peligro existía para la estratagema. Y ella... ella aceptaría. Era seguro esperarlo así de su amor.

Le sorprendió despierto todavía un rayo de sol que filtrándose por las rendijas de las maderas del balcón, ponía un resplandor dorado en la roja alfombra de terciopelo. Se tiró de la cama, hizo comparecer al sirviente para demandarle el baño y comenzó su toilette para salir á la calle á poner en práctica su maquiavélico plan de seductor travieso é invencible.



IV

Mediaba la mañana. El sol desbordaba la alegría de sus oros en la blancura de los muebles, en las rosadas telas de los cortinones, en las bruñidas lunas de los espejos, en la policromía de los pomos de esencias amontonadas sobre la jaspeada piedra del tocador. Encerrado en coquetona jaula de dorados alambres—menguado palacio para quien perdió la bella libertad de los campos—un ruiseñor daba al aire sus trinos inverosímiles, agudos, punzantes, que se metían oídos adentro, evocando el olor á tomillo y á romero de las campiñas. Haciendo equilibrios acrobáticos en una anilla donde se engarabitaban sus patas, una cotorra lanzaba sus chillidos estridentes, inarmónicos, que despertaban la intención cruel de retorcer su cuello, apagando así para siempre su estúpido chillar.

Julita la Cordobesa, indolentemente reclinada en el sofá, se adormecía aun en la placidez sensual que el baño turco la produjo. Tenía Julita en la fragilidad de su figurilla inquieta y lasciva esa dejadez como de cansancio que se advierte en los momentos íntimos de las cocotas, cuando llevan vencidos los treinta años, esa edad fatal, cuyo anuncio pone una mueca de espanto en las caras rientes de las mujercitas, si bien es cierto que en su rostro había la juvenil frescura de los veinte años, debido sin duda al cuidado que en su persona ponia *La Cordobesa*.

Julia estaba desnuda. No más que una bata japonesa, azul, de lana del Pirineo, encubría el milagro sensual de su cuerpo de reina gitana. La aterciopelada blandura de la bata ponía caricias de calor en su piel, y Julia se restregaba mimosamente contra el respaldo del sofá en ondulaciones felinas.

Entre el negror intenso y reluciente de su cabellera, despeinada sobre los hombros, surgía la carita morena, retozona y pícara, conservando en su morenidad mate algo de esa melancólica palidez que aún heredan de los árabes los nacidos en tierras andaluzas. Los ojos verdes, profundos que miraban con un fulgor inquietante, mezcla de cansancio, de vicio, de perversión y de crueldad, relucían á la sombra de las pestañas, sobre los lirios de las ojeras y los claveles de las mejillas. La boca de labios rojos, muy finos, un poco quebrados sin duda por el abuso del vinagrillo, mostraba al abrirse unos dientes menudos, blancos, afilados, muy juntos, como sabedores de los placeres sádicos. Al sonreir, su cara se contraía en una mueca indescifrable que tenía de la sensualidad pícara que ponen las bailadoras en sus guiños y de la depravada perversión de las ninfómanas y de las histéricas. Reclinaba sus pies desnudos, calzados con pantuflas de raso azul, en una piel de tigre que todavía conservaba la cabeza del animal con la bocaza abierta, mostrando los colmillos buídos en un gesto trágico de fiereza, y sobre el sofá, al calor de sus muslos, dormía un gatazo blanco mimoso y rezongón. Sus labios crueles, aprisionaban un cigarrillo turco, que bordaba en el espacio tenues y olorosos arabescos de humo azul.

Julita tenía un temperamento muy poco al uso en nuestras cocotas. Era frívola, caprichosa, un poco romántica y en cuestión de hombres nunca quiso confiar al interés lo que podía encomendarse al amor. En los tiempos en que ejercía—ahora vivía retirada de lo que llaman el alegre vivir—es fama que prefirió siempre juergas y amistades con hombres de su simpatía, aun á costa de su bolsillo, á explotar la candidez de viejos aborrecibles. Tal vez por esto, Julita fué la cortesana más disputada de su tiempo y acaso por la misma razón, sus amigos fueron con ella más espléndidos en regalos y dádivas. Que amor es niño á quien no gusta ir vestido de codicia y los hombres expertos suelen ser desprendidos y desinteresados con las damas que llevan el interés bien oculto entre caricias.

Como por otra parte Julita no le tenía ningún cariño á la vida bohemia é inquieta de *demi-monde*, un día que se topó en su camino á un viejo solterón y millonario, que en sus encantos quedose prendido, diose maña para hacer valer sus atenciones, y con el viejo vivió durante varios años, sin que durante el tiempo de sus amores fuera para envidiada *la dicha* del ricacho. El viejo, al morir, agradecido á sus cariños y *fidelidades*, hízole regalo de cuantiosa herencia, y desde entonces la amadora vivió libre. Sus amigos sabían que siempre teníanla dispuesta para alegrar con el donaire de su gracejo jiras y juergas y que podían contar con ella en toda clase de combinaciones, ya que su carácter alegre y locuaz, no era propicio á la soledad ni á la calma. Pero aparte de eso... nada. Ella tenía de vez en cuando las predilecciones que le venían en gana, y el osado que por otros caminos hubiera querido llegar á la posesión de sus encantos, trocada en odio habría visto la amistad de *La Cordobesa*.

Aquella mañana, Julita sentíase poseída por ese abandono de pereza que pone en nosotros el aburrimiento. Ante sus ojos pícaros y prometedores tendíase la largura de todo un día que era un espantable erial de soledad, sin ninguna diversión prevenida. Por no tener en qué entretenerse, ni siquiera el correo de la mañana trajo cartas de declaración en las que se le dedicarán mil incomprensibles romanticismos de enamorados poco prácticos ó de otros demasiado prácticos, que tras muchas disgresiones terminaban en una oferta grosera é insultante. En fin, que al despertar, lo hizo con una irritante ecuanimidad; no tuvo razón ni para reirse ni para indignarse. Y en aquella indolente postura se extasiaba en un abandono como de ensueño, adormecida por el humo perfumado del cigarrillo y por el aroma excitante de harém, que difundía una pastilla de ambar al quemarse en rico pebetero de plata.

Cambió de postura, estirose dejando al aire las piernas blancas, que parecían más de mármol al sombreado azuloso que ponía en ellas la bata y pasando la aristocrática delgadez de sus manos por los parpados que se abatían á influjos del cansancio, lanzó un adorable bostezo de perezosa. Al cambio de postura del ama, despertó malhumorado el gato, abriendo desmesuradamente la boca, enarcando el lomo en un erizar de su blanca pelambre.

Abrióse la puerta del *budoire* y apareció en ella la figurita reidora y vivaracha de una doncella, que en la cara llevaba retratado ser maestra en arte de picardía. Al ruído, Julita sentóse en el sofá en un felino escorzo, apoyando los codos en las rodillas y en las manos la carita perversa y viciosa que miraba á la sirviente en interrogación.

—Señorita...

—¿Qué?...

—El señorito Jorge, que quiere verla.

¡Jorge!—musitó Julita un poco asombrada.

—Sí, señorita—replicó la doncella con un mohín pícaro en la boca reidora.

—Que pase.

Desapareció la doncella, tornando para cerrar la puerta luego de haber entrado Albornoz en el gabinete. El apuesto conquistador, vestido con irreprochable *chic*, dobló ante Julia su figura gallarda, en una cortesía que hubiera envidiado cualquiera de los más renombrados caballeros del siglo galante, y estrechando entre las suyas una de las enjoyadas manecitas de *La Cordobesa*.

—Buenos días, Julita—dijo—, ¿cómo estás?

—Pchis, no sé—repuso ella indiferente.

—Aburrida y triste ¿eh?—siguió él jovial—; *spleen*, que decimos ahora. Eso son los nervios.

—No, Jorge, no. Ni es aburrimiento, ni *spleen*, ni nervios; yo nunca he tenido nervios de niña ridícula.

—¿Entonces?...

—Cansancio, cansancio de la vida, que es muy larga y muy monótona y muy insoportable.

—Te hace falta un amante.

—¿Para qué? Un amante no es una variación, es otra monotonía dentro de la vida. Si no se le quiere, cansa. Si se le quiere, celos, disgustos, lágrimas, más insoportable todavía.

—Entonces... varios amantes.

—Tonto, si es lo mismo tener uno que varios. No cambia más que el número; la variedad es la misma. Y es que—no te molestes—los hombres sois de una vulgaridad y de una monotonía tan espantable como la vida. Todos decís lo mismo, hacéis las mismas cosas, tenéis idéntico modo de dar achares... No varían más que las caras. Parece que en las Universidades hay también libros para los amores, según sois de iguales para sentirlos.

—Eso es una opinión tuya...

—Que—permíteme la vanidad—es bastante autorizada. Puedo decirte que yo, en un solo día, he estado con varios hombres que aseguraban estar enamorados de mí y parecía que se habían puesto de acuerdo. Con ligeras variantes en la forma, todos me decían lo mismo en el fondo.

—¿Es que no has estado nunca enamorada?

—No he tenido tiempo de saberlo. Para mí el amor se ha encerrado siempre en dos palabras: "Me gustas„... Unas veces lo he dicho yo y otras me lo han dicho... pero al fin lo mismo. "Me gustas„, nada más que "me gustas„...

—Qué lástima de pesimismo, con tantos como habrán estado enamorados de ti y te habrán querido mucho.

—No lo creas. El único que yo creí que me quería fué el primero, y ese ya ves, hizo caer sobre mi corazón todo ese pesimismo. Los demás, no me han tenido más que por ilusión, acaso por vanidad de que se comentara que se gastaban el dinero conmigo, ó por presumir de que me hicieron suya sin gastárselo. Lo que te decía antes; les gustaba...

—Nada, que pareces una melancólica heroina de Gauthier. Será sin duda la influencia exótica de este *budoire*.

—No, Jorge, algo más serio que exotismos, créelo. Una desolación muy grande en mi alma, porque yo también tengo alma. Amargura de vivir aburrida y triste, la que ha vivido de divertir y dar alegrías á muchos—Y pasando sus manecitas blancas por la morenidad pícara del rostro, como si quisiera con tan frívolo ademán disipar su in-

tensa melancolía, siguió, riendo con fingida risa de histérica—. Pero qué tonta soy, ¡vas á reirte de mí!

—Si sigues diciendo cosas tan tristes, va á ser muy difícil.

—Claro, y tú no habrás venido á verme para que yo te ponga triste.

—No he venido á eso precisamente...

—Bueno, y á qué se debe verte por aquí tan temprano, porque está casi amaneciendo.—Y Julita reía, reía con reir dolorosamente triste.

— Pues ya ves...

—No querrás hacerme creer que viniste sólo por el gusto de verme...

—Hombre, no; mi visita es interesada.

—Lo presumía...

—Interesada, pero me la vas á agradecer mucho. Voy á quitarte durante unos días esa tristeza, con la aventura más entretenida que pudo soñar tu travesura. Te necesito para cómplice.

—¿De algún robo?—preguntó burlona *La Cordobesa*.

— Si, pero no te inquietes. Se trata de un robo de amor, y en esos robos, el Código, no previene castigo para los cómplices.

—Y ¿dices que se trata de una aventura estupenda?

—Genial...

—Bueno; pues cuenta.

—Verás, es...

—Oye, ¿quieres que tomemos un poco de té?

—No estaría mal.

—Espera...

Vibró el timbre oprimido por la mano gentil de Julita y otra vez apareció en la puerta la figurilla reidora y vivaracha de la doncella.

—¿Llamaba la señorita?

—Si, trae servicio de té para dos.

Cuando salió la doncella, Julita ofreció á Jorge la caja de cigarrillos turcos y hubo una pausa mientras los encendían. Regresó la sirviente con el servicio de té, de rica porcelana de Sevres, y sobre una mesita portátil lo colocó entre ambos. Preparó el brevaje en la humeante tetera y tornó á salir cerrando la puerta en silencio y desgranando sobre la alfombra el runrunear de sus enaguas almidonadas.

Julita, mientras saboreaba en delectación la chinesca y aromática bebida, empezó la conversación de nuevo.

—¿Y decías?

—Figúrate que yo estoy enamorado de una mujer muy guapa, casada con un viejo, que atiende mis galanteos y que necesito de tí para...

—Eso no es muy nuevo, ni una aventura divertida, para mi por lo menos.

—Espera, déjame hablar. Que necesito de tí para conseguirla...

Siguieron hablando larga y calladamente. En el perfumado silencio del *budoire*, el leve zumbido de la charla, semejaba el garrulo murmurio de un arroyuelo deslizándose entre la verde blandura del cesped. De vez en vez, ella, halagada sin duda por la donosa parla de Jorge, daba al aire el cascabeleo de su risa incitante y pícara y en el agitar convulsivo de la carcajada, retorcíase en escorzos felinos sobre el sofá. El, al verla reir, frotábase las manos y reía también satisfecho sin duda de su triunfo... Pasado un rato de charla, calló Jorge. *La Cordobesa*, incendiadas de rojo las mejillas, relucientes los ojos por el esfuerzo de tanto reir, clavaba en Jorge una mirada de admiración y curiosidad.

—Y nada más...—terminó él

—¿Y te parece poco?

—Y á tí ¿te parece bien?

—Cómo bien; maravilloso.

—¿Me ayudarás?

—Hasta él fin. Pues nos vamos á divertir poco. Sólo á tí se te ocurre algo tan fantástico.

—Cuento contigo...

—Con toda devoción.

Jorge miró el reloj.

—Las doce y media; me voy; ya te veré para ponernos de acuerdo.

—Cuando quieras. ¿No te quedas á almorzar conmigo?

—No, quiero ir á verla, aunque contigo estaría más á gusto.

—Cumplidos no, ¿eh?

—De verdad, mujer... Adiós.

Julita, se levantó para acompañarle. Todo el pasillo fueron bromeando acerca del gracioso plan de Jorge. Ya en la puerta, luego de estrecharle la mano, díjole Julita en tono jocoso, dándole cariñosas palmaditas en la espalda.

—Que te echen á tí maridos celosos, pendón.

—"Yo gallardo y calavera„—repuso Jorge también en tono de broma. Y ella.

—"Hombre es D. Juan que á querer„...

—Lo que nos vamos á divertir...

—Una locura... Hasta la vista Jorge.

—Adiós.

Y luego de lanzar otra burlona carcajada, cerró la puerta. Jorge, bajó las escaleras de dos en dos, atropelladamente, retozando como un colegial, preso de esa alegría sana y fuerte que se apodera de nosotros cuando encontramos solución á un asunto que nos preocupó durante mucho tiempo. Por fin iba á ver á Teresa después de cuatro días de ausencia, que él se había impuesto hasta que encontrara manera de realizar sus deseos. Cuando llegó á la calle soleada y alegre, detuvo un coche que cruzaba desalquilado y luego de dar al cochero las señas de don Paco, metióse en él. Arrellenado en el asiento, fumaba con placidez un cigarrillo, con el rostro sonriente de satisfacción, mientras el carruaje rebotando en los adoquines las ruedas llantadas de goma, le llevaba á la casa de la que en breve sería su querida.

. . . . . .

Nada turbaba el silencio en la augusta severidad del gabinete amueblado á la antigua, con ese insoportable estilo todo él seriedad. Diríase al ver la quietud de reposo en que dormía la habitación, que nadie la ocupaba y sin embargo, Teresita y D. Paco estaban allí, cómodamente sentados el uno frente al otro, en los recios sillones de tapicería amplios y bajos. Nada se decían. Leyendo cada uno un periódico, movíanse apenas para volverlo terminada la lectura de una página. En el rostro apopético de don Paco, reflejábase la satisfacción del buen burgués, que vive satisfecho del goce que le proporcionan sus riquezas.

En cambio, en el rostro de Teresita, el desasosiego y la intranquilidad habían tendido su velo de melancolía Los labios frescos y rojos de la bella, aparecían quebrados, secos, con esa sequedad como de fiebre que acusan las noches de insomnio; las mejillas pálidas y los ojos brillantes, enrojecidos al borde de las pestañas, pregonaban bien, á las claras de su triste desvelo, contrastando con los groseros ronquidos de D. Paco. Estaba toda ella nerviosa, febril, inquieta, con esa inquietud que produce el esperar la solución de algo que ha de ser nuestra felicidad de toda la vida ó nuestra eterna desgracia.



De pronto, D. Paco levantó su vista del periódico, y echando hacia atrás su enorme cabeza de hidrocéfalo, habló á su mujer.

—Oye, Teresa, ya hace tres ó cuatro días que no viene Jorge, ¿verdad?

Al oir el nombre del amado, extremecióse Teresita, y sintió un escalofrío, como de miedo, que comenzándole en la nuca, á raiz del pelo, le recorrió toda la espalda.

—Si. Y por cierto que me choca; tal vez esté malo.—Y de pronto, con ese temor que tienen los que delinquen en la sombra, que se sospeche de ellos, siguió.—Por más que, después de todo, ninguna obligación tiene de venir todos los días.

—Claro, pero no será que esté enfermo. Lo más seguro es que se haya metido en *juerga* y ande por ahí liado con cuatro pindongas. ¡Siempre ha sido lo mismo!

En el enamorado corazón de Teresita, las últimas palabras de su marido levantaron una tempestad de celos dolorosos, tristes, y gracias á ese arte incomparable que para el disimulo tienen las mujeres, pudo contener las lágrimas.

De la puerta del gabinete afuera, se oyó la voz de Jorge frescamente varonil.

¿Se puede?

Teresita se puso en pie asustada, pálida hasta la lividez, dejando caer al suelo el periódico, como si la voz del amado—que ella sabía cariñosa y persuasiva—hubiera sido una aparición de ultratumba en medio de la noche. Se acordaba de la promesa que la hizo Jorge de no volver hasta que no pudiera hacerla suya, y la acometió el terror de su traición.

—Adelante—gritó D. Paco—y Jorge entró jovial, sonriente, saludando á Teresa con un apretón á su manecita frágil, que era todo un mundo de promesas, y con un abrazo para su protector.

—Hablando de usted estábamos—musitó Teresa.

— Mal, seguramente—afirmó Jorge.

—Claro, como tú te mereces—siguió don Paco.—¡Cuatro días sin venir por aquí! ¡Eres un ingrato!

—Hombre, no, D. Paco; he tenido que hacer.

—Si, alguna juerguecita con amigos y con amiguitas—apuntó Teresita—subrayan-

do la última palabra con un mirar de reproche de sus ojos enamorados.

—¡Por Dios, usted también, Teresita! Don Paco, que ya no soy el calavera de antes; estoy muy cambiado.

—Pues entonces ¿qué te ha tenido tan ocupado?—interrogó el viejo.

—Han venido dos primos míos recién casados; él viene aquí á negociar, y usted, D. Paco, sabe bien lo insoportables, así, insoportables, que son ustedes los hombres de negocios. Mi pobre prima, no puede disponer de su marido ni dos minutos. Tiene que hacer á todas horas. Y como no es cosa de que la pobre se esté metida en el hotel todo el día, tengo que acompañarla á todas partes.

Otra vez el mirar felino de celosa, fulgió en los enamorados ojos de Teresita.

—Perdonado ¿eh, Teresita?—dijo D. Paco.

—Ella, triste por la sospecha, sin hablar, asintió con la cabeza.

—Y ya ven ustedes, cuan lejos estaban de mi pensamiento al juzgarme, que como me encuentro tan bien en la placidez de esta casa, quería, para no privarme de venir, pedirles permiso para presentarles á mi prima.

—Concedido gritó D. Paco con alegría infantil—¡mira que bien, Teresa, vas á tener una amiga con quien charlar.—Y dirigiéndose á Jorge.—La pobre se aburre sola conmigo, sabes.

—Gracias; D. Paco.

—De nada, hombre; esta es tu casa, ya lo sabes. Y mira, se me ocurre una idea. Voy á mandar sacar un palco de un teatro y nos la presentas allí. Veremos juntos la función.

Jorge iba á protestar. Le molestaba exhibir á Teresa en público con una cocota, pero no había más remedio.

Apareció la doncella en la puerta, anunciando que la comida esperaba.

—Por supuesto, Jorge, que hoy comes con nosotros.

—D. Paco, mis primos...

—Manda usted un recado. ¡No faltaba más, después de cuatro días sin verle!—añadió Teresita.

—Bueno.

—Pues ir para el comedor, mientras pido un palco á la Comedia por teléfono—terminó D. Paco.

Quedáronse los amantes un poco atrás del viejo en el gabinete, y Teresita habló con voz temblorosa, toda reproches.

—Qué infames eres, Jorge. Cuatro días por ahí con una querindonga, y no te contentas con decírmelo, sino que me la quieres traer á casa.

—Pero nenilla, no seas tontina. Si te quiero con toda mi sangre. Eso de mi prima, es lo que va á hacer nuestra felecidad.

Y entre las cortinas de terciopelo que tapaban la puerta de la sala, sonó el chasquido de un beso de pasión.

V

Mucho confiaba Jorge en el éxito de su plan, ya que para su feliz realización contaba con la picardía y el poder de seducción de *La Cordobesa*. No sin fundamento creía Albornoz, que la intriga fraguada en su magín de pícaro-conquistador, era senda llana por la que caminaría sin tropiezos á la posesión de su adorada Teresita; pero, al contrario de como suele ocurrir, en este caso, los hechos fueron más satisfactorios de lo que soñara el enamorado galán.

A partir de la noche de la presentación en el palco de la Comedia, Julita—que justo es reconocer, representaba á maravilla su papel de señora casada—comenzó, con su maestría de amadora de profesión, á "ponerle los puntos„ al marido de Teresita. Siempre que se hallaban los cuatro reunidos, *La Cordobesa*, hacía paréntesis en la conversación general, para charlar á solas con D. Paco, tiempo que Teresita y Albornoz aprovechaban para decirse muy bajo la grandeza de su querer, mientras sus ojos decían muy alto, con un mirar sexual, todo su deseo conentido de goces.

Este apartamiento que provocaba la cocota, aprovechábalo para insinuarse con don Paco, suavemente, blandamente, con esa habilidad que despliegan las mujeres cuando quieren dejarse conquistar, para obligar al hombre á decidirse.

D. Paco, que durante su juventud no tuvo tiempo que malgastar en aventuras, pues todo lo necesitaba para fabricar las riquezas, que sus ansias de avaro le hacían desear y que ya en su madurez, pensó en casarse sin amor, comprando una mujer, como pudo darle por comprar un acta de diputado, era sujeto muy aprovechable para que el plan de Jorge y Julieta tuviera un éxito feliz, puesto que éranle por completo desconocidos los secretos de las amorosas andanzas.

Así fué, que á los pocos días de su conocimiento con la desnudable y de las conversaciones que ella ocasionaba, el ecuánime D. Paco hallabase atormentado por ese hormigueo inquietante y febril, con que nos martiriza el deseo sexual. La belleza, la gracia y las mimosas seducciones y carantoñas de *La Cordobesa*, sacaron de quicio al vejete, que perdida toda su condición de seriedad, deseaba á Julita, con ese deseo senil, vergonzosamente descarado de los viejos verdes.

Teresita—que justo es decirlo—veía casi con gusto el enamoramiento de su marido, ya que era pretexto para dar cumplida hartura al suyo, molestaba de vez en cuando al viejo con fingidos celos. D. Paco procuraba contentarla, fingiéndose enfadado de que ella creyera que la *prima* de Jorge le gustaba, pero en el fondo regocijábanle las sospechas de su mujer, ya que, á su juicio, eran justificante de la inclinación hacia su persona que él creía notar en *La Cordobesa*.

Pasaban los días en estas andanzas, y Jorge impacientábase, metiendo prisa á Julita para que activara el final de la comedia. Realmente, D. Paco estaba, como suele decirse, á punto de caramelo, pero la fuerza de su deseo no era bastante para aflojar los prietos cordones de su bolsa, en forma que la cocota viera en lontananza un buen regalo que premiara su sacrificio, y como la figura del vejete era por demás grotesca para inspirarle á una mujer otra cosa que risa, *La Cordobesa* no se decidía. Pero no era pobre el magín de la amadora para dar con ingeniosas soluciones, y así ideó una que le evitaba á ella todo contratiempo y que servía maravillosamente los deseos de Teresita y Jorge. Y aceptada que fué por el galán, lleváronla de acuerdo á la práctica, como digno remate de aquel ingenioso enredo de amor.

Al día siguiente, paseando en coche por la Castellana, y como D. Paco también apremiara para llevar á término lo que él creía una maravillosa aventura, díjole Juliat muy mimosa: "Esta noche, después de cenar, cuando yo arregle con mi marido el plan para mañana, le llamaré por teléfono para darle una cita definitiva„.

Inútil es decir que aquella noche D. Paco comió deprisa, hasta atragantarse y que Jorge cenaba con el matrimonio. Terminado el yantar, y luego de haber saboreado el café en el gabinete, Jorge y D. Paco fumaban, mientras Teresita leía un periódico de modas. Sonó el timbre del teléfono y los tres se extremecieron, inundándose el rostro apoplético de D. Paco de una infantil alegría. Apenas la doncella se presentó en la puerta anunciando que llamaban al señor, precipitóse el viejo á salir del gabinete. Cuando cerró la puerta tras él, Teresita y Jorge se abrazaron, besándose furiosamente con toda la fuerza de su deseo contenido, y, mientras D. Paco escuchaba en el teléfono las carantoñas con que le entretenía Julita el tiempo convenido, los amantes, allí, en el silencio confidencial del gabinete, escribían sobre el sofá la página más brillante de su ardorosa pasión juvenil.

. . . . . .

Arregló Teresita el desorden de sus ropas, con la borla de los polvos encubrió un poco el sofoco en que ardía su carita adorable y sujetó algún rizo que escapara del peinado, mientras Jorge ponía derecho el nudo de la corbata. Sentóse el amante y encendió un pitillo, mientras la gentil comenzaba á teclear en el piano la melodía dulzona de un vals vienés. A poco entró D. Paco frotándose las manos, radiante de felicidad el inexpresivo semblante.

—No sabes, Teresita, que alegría. Mi administrador, que me llamaba para notificarme un gran negocio de bolsa. Quince mil pesetas ganadas; y se frotaba las manos satisfecho.

Teresita y Jorge cambiaron una mirada, dibujando en sus labios una sonrisa perversa, mientras alrededor de la apoplética cabeza de D. Paco, revoloteaba la sombra de Minotauro.

DIEGO MARTÍN DEL CAMPO

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Directorio Madrileño de Industrias, Comercio y Profesiones

A plazos. Sastrería.
GUIDOTTI Y NAVARRO
Elegante casa que también trabaja á plazos mensuales.
Carretas, 23 y 25, principal.

Al todo de ocasión
Compro alhajas, antigüedades, encajes, telas, abanicos antiguos y aparatos fotográficos, pianos y pianolas.
FUENCARRAL, 45.—TIENDA

EL CUENTO GALANTE

La mejor y más barata
de las Revistas literarias.

Publica todos los jueves una novela inédita ilustrada á dos tintas.

NUMEROS PUBLICADOS

1 **¿Cuál de los dos?**, por Joaquín Dicenta.
2 **Mi hermana Antonia**, por D. Ramón del Valle-Inclán.
3 **El Capricho de Estrella,** por Antonio de Hoyos y Vinent.
4 **Era El**, por Francisco Villaespesa.
5 **Los Reyes pasan**, por Eduardo Zamacois.
6 **La tristeza del burdel**, por Emilio Carrère.
7 **Por la Ronda de Valencia,** por Fernando Mora.
8 **Serafines de retablo**, por Diego San José.
9 **Eleonora**, por Rafael López de Haro.
10 **Augusta,** por D. Ramón del Valle-Inclán.
11 **Amores que allá quedaron**, por Benigno Varela.
12 **Se deshojó la flor,** por Claudina Regnier.
13 **Una aventura de amor**, por Emilio Carrère.
14 **Príncipes y cortesanas,** por Prudencio Iglesias.
15 **La escuela de las coquetas,** por Julio Hoyos.
16 **Una gran mujer,** por Alberto Valero Martín.
17 **La tragedia conyugal de un hidalgo,** por Antonio Roldán.
18 **El divino amor,** por Emilio G. del Castillo.
19 **La Hermandad del buen sendero,** por Augusto Martínez Olmedilla.
20 **Adelfa,** por Eduardo Barriobero.
21 **La Adúltera,** por José Reygadas.
22 **Gloria la Tuna,** por Ortiz de Pinedo.
23 **La loca de la casa,** por Andrés González Blanco.

Imprenta de Félix Moliner, Mendizábal, 6.—Madrid.